

Finalmente, el día mismo en que Johann Spurzheim muera, su herencia de *cavaliere Ferraio*, y su anillo de hierro.....

Vuestro brazo, doctor; vamos á cuidar á nuestro querido enfermo!....

Pier Falcone se inclinó en silencio, y le presentó su brazo.

Si nos transportamos ahora á la recámara en donde reposaba el señor Johann Spurzheim, contemplaríais una estraña sonrisa sobre su rostro aniquilado y color de plomo.

Cómo espresar lo que era aquella sonrisa? Era la sonrisa del matemático, que halla exacta la prueba de un cálculo árduo y complicado.

Era la sonrisa del artista, frente al objeto raro y precioso que deseaba mucho tiempo en vano.

Era, sobre todo, esa sonrisa que no se vé mas que en los salones del teatro. La sonrisa del hombre que ha seguido el drama con atención y buena fe, y que ve cortar de pronto el nudo gordiano del interés.

Una sonrisa de desenlace—nos atreveríamos á decir.

Pero aquella sonrisa formaba un contraste raro, estraño, en medio de aquella agonía.

Y sin embargo, no habia allí nada; ningun drama que pudiera verse ú oirse.

La recámara estaba desierta, como en el momento en que la dejamos.

El drama no existia, sin duda, mas que en los sueños del fiebreiento.

Y no obstante, en el momento preciso en que Bárbara le decia á su nuevo caballero: "Vuestro brazo, doctor," Johann Spurzheim experimentó como un choque del movimiento que hicieron.

En el mismo instante, la cabeza negra del King's Charles salió entera de debajo de la colcha, enseñando sus grandes pupilas negras y amarillas: oro engastado en azabache.

Ladró suavemente.

Johann, con su mano enflaquecida, que tenia ya cierto tinte cadavérico, acarició al perro, murmurando:

—Bien, Love! bien!

Y le dió un biscocho, que el perro se puso á roer, acurrucado debajo de la colcha.

Johann Spurzheim, con una libertad de movimientos que no se hubiera creído en él, al ver su moribundo aspecto, estendió el brazo.

Tenia en la mano ese objeto de forma redonda, de marfil, que hemos comparado á la boca de un instrumento de viento.

El susodicho objeto, con el cordon flexible que le servia de apéndice, fué arrojado con bastante viveza en el fondo del armario incrustado en la pared.

Johann corrió en seguida la puerta del armario, que se cerró sin ruido.

Y se cerró tan bien, que despues os hubiera sido imposible hallar las señales de una puerta.

Hecho esto, Johann apoyó de nuevo su cabeza sobre la almohada, y cerró sus ojos, cuyos párpados transparentes tenian en el centro ese siniestro punto negro, que causaba miedo y compasion.

III

UN MATRIMONIO EJEMPLAR

APENAS Johann Spurzheim habia cerrado los ojos, cuando la puerta de su recámara se abrió con precaucion.

Bárbara, su mujer, entró apoyada en el brazo del doctor Pier Falcone.

Junto á la cabecera de la cama habia uno de esos sillones de respaldo cóncavo, que eran del uso particular de la señora Spurzheim. Allí era donde la habia visto siempre el doctor, en los momentos de sus visitas.

Bárbara se colocó en su lugar.

—Héme aquí en el desempeño de mi mision! murmuró ella sonriendo. Aun cuando toda ilusion hubiera quedado destruida, Pier Falcone

tenia trabajo en comprender, que una criatura humana pudiera ser tan diferente de sí misma. En la postura nueva que acababa de tomar Bárbara perdía aquel aspecto miserable y deforme que le hemos notado hace poco—y esto dependía, de que no se podía medir ya la proporción entre su busto y sus piernas. Su rostro aguileño se presentaba á la altura requerida. Era una muger.

Pier Falcone se inclinó sobre el enfermo.

—No duermo! le dijo éste con una voz sumamente débil.

—Es una queja, mi querido amigo? preguntó Bárbara, con una afectuosa solicitud. Me tardé en el salon con nuestro doctor, que me hacia el cuadro de lo que seria vuestra convalescencia, tan luego como lleguen los hermosos dias de la primavera. Es un servidor muy leal el que teneis en él, Johann. Cuando os haya devuelto la salud, espero que no lo olvidareis.

Apenas se movieron los lábios del director de la policía; pero se le oyó muy bien que contestaba:

—Cuándo he olvidado el bien ó el mal?

Pier Falcone quiso tocarle el pulso, pero él lo rechazó, procurando sonreirse.

—Dentro de un momento. le dijo.

Luego añadió, dirigiéndose á su muger:

—Héos aquí en el desempeño de vuestra mision, Bárbara, mi querida compañera; vos sois quien lo habeis dicho. Héos aquí en el desempeño de vuestra mision, representando al lado del pobre condenado vuestro papel de buen ángel. Quisiera llamar á todo Nápoles junto á este lecho, para que diera testimonio. Bárbara, mi esposa querida, vos habeis sido el único consuelo de mis últimos dias!

—Moderaos, señor! le dijo Falcone; hablar mucho no os puede hacer provecho!

Johann Spurzheim le dirigió un humilde movimiento de cabeza.

—Mi tardanza, replicó Bárbara, ha tenido tambien otra causa.

Hago lo que puedo, amigo mio, para que vuestros negocios no sufran tanto con vuestra indisposicion pasajera.

Y recaló esta última palabra.

—Pero, prosiguió ella, vuestros negocios, no lo ignoro, son en su mayor parte de esos que no puede uno confiar ni aun á su muger.

Aguardábais hoy, si me es permitido dirigiros esta pregunta, aguardábais á un inglés llamado Brown?

—Hoy no, respondió Johann sin titubear.

—Lo aguardábais para mas tarde? insistió Bárbara.

Johann Spurzheim inclinó la cabeza, en señal de afirmacion.

—Pues ha llegado! dijo Bárbara.

—Está bueno! replicó solamente el enfermo.

La jorobada conservó su aire risueño; pero el diablo vió la mohina que interiormente hacia.

—He echado un buen sueño! replicó Spurzheim. Me siento admirablemente bien. No os parece á vosotros dos, que tengo la voz mejor?

—Si tal! replicó Bárbara; con algunas semanas de reposo, el doctor espera triunfar completamente de vuestra enfermedad.

El doctor, por su parte, no decia ni una palabra.

Sufría en aquel momento la repecursion del choque mortal que habia recibido un momento antes.

El doctor pensaba en esa prodigiosa union, propuesta y aceptada. Miraba á su muger.

El marido de su muger se volvió hácia él penosamente:

—Y vos, Falcone, qué decís? pronunció.

—Yo? repitió éste; yo no sé.

El enfermo tuvo una de esas sonrisas, que la descomposicion de sus facciones hacia tan lúgubres.

—No sabeis? pronunció con lentitud.

Luego, dirigiéndose á Bárbara, que no se atrevia á mirar á su cómplice, Spurzheim replicó buenamente:

—Estoy seguro, querida amiga, de que á veces os preguntais por qué le he concedido mi confianza á ese jóven. Un médico de veinti cinco á veintisiete años, para una enfermedad tan grave como la mia. es aventurado! Y ciertamente, hay dias en que podría decirse que este jóven no tiene espedido todo el uso de sus facultades. ¿Quereis que os diga el secreto de esas distracciones, de esos sueños, de esas divagaciones?

—Señor! le interrumpió Falcone con una especie de terror.

—Hablar mucho no me hace provecho, no es verdad? dijo Spurzheim, cuya sonrisa se hizo casi burlona; tranquilizaos. estoy mucho mejor de lo que creéis. mi rostro no lo indica, eso es todo! Decia, que puedo daros la esplicacion del enigma, mi querida amiga. Nuestro apreciable doctor está enamorado!

Al pronunciar esta última palabra, cerró los ojos complacientemente, como para no ver el relámpago que brillaba en los ojos de Bárbara.

Esta tosió ligeramente, para aparentar indiferencia. Pero su pecho no se contentó con aquel juego. El ataque provocado estalló luego luego, y prolujo en su pañuelo una nueva mancha de sangre.

Pier Falcone permanecia inmóvil, como un culpable que aguarda su sentencia.

Sabia lo que podia esperar de la venganza de aquella muger.

Habia aceptado su proposición—podemos decirlo—porque en su concepto, aquella muger estaba como su marido, condenada á morir.

Pero la muerte no estaba tan próxima, para que ella, esa muger, no tuviera tiempo de lanzar algun golpe mortal.

El lector se preguntará, sin duda, quién era ese pálido jóven, cuya frente revelaba la inteligencia, cuyo ojo prometia la audacia, y que hasta ahora hemos visto tan fácilmente dominado.

Por qué permanecía allí entre el tigre y la pantera, como una presa fácil con la cual se juega, como una víctima segura para los dientes de la hembra ó del macho?.....

—Tomad una de esas excelentes pastillas que os hacen tanto bien, mi querida esposa, le dijo Spurzheim, cuyos ojos permanecian cerrados; cuando toseis así, es como si mi propio pecho se desgarrase..... Ah! debe de ser un horrible dolor el del viudo que busca en su casa, demasiado grande ya, la adorada compañera que no existe..... Por fortuna para mí, yo estoy destinado á precederos en ese gran viaje.....

Bárbara quiso protestar.

—Vamos á volver luego á ese asunto penoso, replicó él. Confieso que lo he retardado hasta el último momento..... sabia que debia causaros infinita tristeza!... Amigo Pier Falcone, mirad, instruíos!... En todo Nápoles, buscaríais en vano un cuadro semejante! Aquí es el santuario de ese grande, de ese noble, de ese inalterable afecto: el amor conyugal!..... Ved á Bárbara Spurzheim, que se muere porque su esposo va á morir!

Las mejillas de la jorobada estaban lívidas.

—Pluguiese á Dios, murmuró ella sin embargo, que pudiese daros los pocos días que me faltan, Johann, esposo mio, á fin de prolongar vuestra preciosa existencia!....

—La oís, Falcone?..... Hé ahí el tesoro que pierdo!.....

Decíamos, querida amiga, replicó bruscamente y como para sacudir tristes pensamientos, que habia un motivo para las distracciones de este jóven melancólico..... Miradlo qué atrojado está..... y es que no os conoce!..... Ignora que teneis un corazon capaz de comprender su conducta..... No es un enamorado ordinario.....

—Por Dios, señor! quiso interrumpirle de nuevo el jóven doctor.

—Dejad! dijo buenamente el enfermo; Bárbara es una muger como hay pocas..... Ella os estimará mejor, cuando sepa que habeis amado hasta el crimen!.....

—Y el objeto de ese amor vive? preguntó la señora Spurzheim, que legó al fin fingir alguna calma.

—Vive, y está muy bello bajo su velo de crespon negro, contestó

Johann. Nuestros perfectos amantes aguardan el fin del luto, para convertirse en felices esposos.....

Pier Falcone tenia las sienes cubiertas de un sudor helado.

La señora Spurzheim bajó los ojos, y no le miró.

Un rayo de luz se deslizó por entre los párpados entrecerrados del enfermo.

El golpe estaba lanzado.

Johann cruzó las manos sobre su colcha, y tomó un acento de compuncion.

—Bárbara, mi excelente compañera, prosiguió; la emocion que produce en vos la alusion indirecta que acabo de hacer de mi fin próximo, me impide tratar ciertos asuntos en vuestra presencia!

La señora Spurzheim se apresuró á cubrirse el rostro con ambas manos.

—Me parte el corazon, Bárbara, prosiguió el enfermo, ver lo que sufrís.... Qué puedo deciros, esposa mia? La separacion no será larga, y bien pronto nos reuniremos, para no separarnos jamas, en un mundo mejor.... Os ruego que me dejeis solo con mi médico!

—No teneis ya confianza en mí, Johann? exclamó la jorobada, que habia logrado al fin derramar una lágrima. Debo perder algunos de estos instantes tan caros!....

Spurzheim le tendió su mano, que ella besó.

—Bárbara, le dijo, mi confianza en vos es entera; no tiene límites.... Cuando el doctor me haya respondido, segun su ciencia y su conciencia, á las preguntas que voy á hacerle, quedaré mas tranquilo.... Me ocuparé entonces de asegurar el porvenir del único sér que me sea verdaderamente caro en el mundo.... Sois una muger superior á vuestro sexo; Bárbara, reunid todo vuestro valor..... Mañana en la mañana no tendreis nada que pedirme..... mañana no tendreis ya, ni curiosidad, ni deseo que satisfacer.....

—Al fin, lo sabré todo! pensó Bárbara, que tenia trabajos para contener su alegría.

—Os debo eso, Bárbara, esposa mia, concluyó Johann Spurzheim.

Ella se levantó, y fué á depositar un beso silencioso sobre la frente del enfermo.

Un instante despues, el director de la policíareal, y Pier Falcone, estaban solos.

—Le debo eso! repitió Johann, en el momento en que la puerta se cerraba detrás de su muger.

Luego añadió, con una voz cuyo acento era indefinible:

—Mañana por la mañana no tendrá ya nada que pedirme!

En qué pensais, doctor? se interrumpió bruscamente.

—Os escucho, señor, y aguardo vuestras órdenes! contestó Pier Falcone.

Johann se sonrió y dijo:

—Cuánto daríais, doctor, por salir de la mala posición en que estais?

—Señor, no os comprendo..... balbutió el joven médico.

Johann Spurzheim le miraba de hito en hito.

—De veras habeis nacido de piés, Pier Falcone, pronunció con lentitud; en una sola noche se os va á proponer dos veces una gran fortuna.

El doctor no se atrevia á pronunciar una palabra. Parecíase á un hombre que sintiera bajo sus plantas un terreno sembrado de trampas y lazos.

Spurzheim se gozaba en su embarazo.

—Doctor, replicó el director de la policía, platiquemos un poco del único sér que me sea verdaderamente caro en este mundo..... Acabo de prometer ocuparme de su porvenir..... Habeis adivinado quién es esa criatura privilegiada?

—Vuestra esposa, señor?..... murmuró Pier Falcone.

Spurzheim prorumpió en una seca y corta carcajada.

—No tal doctor..... soy yo mismo!..... replicó. Qué os parece mi muger?

—Señor.....

—Entendámonos, amigo mio.... los quiproquos hacen perder tiempo, y esta noche tenemos muchísimo que hacer..... No os pregunto vuestra opinion sobre las altas perfecciones de Bárbara Spurzheim.... Es una muger superior, ya lo sabemos.... Os pregunto, cuánto tiempo le dais de vida?

Pier Falcone permaneció atónito, al recuerdo de la pregunta semejante que Bárbara le habia hecho poco antes.

—Responded! dijo el director de la policía; ya sé que es solo una cuestion de tiempo.

Falcone contestó, empleando casi contra su voluntad los términos mismos de su respuesta á la señora Spurzheim:

—Señor, la ciencia no puede fijar....

—Ocho dias?.... le interrumpió Johann, cuya sonrisa se hacia mas y mas incisiva.

Era la voz de Bárbara, perfectamente imitada.

Falcone permanecia con la boca abierta.

—Quince dias?..... prosiguió Spurzheim, con una inflexion de voz tan semejante á la de su muger, que el doctor se puso á temblar.

—Estoy seguro—continuó Johann, repitiendo palabra por palabra la última pregunta de Bárbara—estoy seguro de que no pensais que pueda durar así un mes.....

No podria decirse lo que espantaba mas al doctor; si la rareza, cada vez mayor de su posición, que llegaba hasta lo fantástico, ó el peligro presente?

Jamas pesadilla alguna habia oprimido tan profundamente su corazón.

—Habeis oido nuestra conversacion!.... exclamó, sin poderse contener mas tiempo.

—Cuál de nosotros dos es el que interroga? pronunció severamente Spurzheim.

—Señor..... balbutió Pier Falcone.

—Basta, mi pobre muchacho, basta! le interrumpió Johann, cerrando sus ojos fatigados; decíais hace un momento á mi muger: la ciencia no puede fijar!.... es imposible afirmar!....—Lo creo; la ciencia es una imbecil, cuando no es un charlatan. La ciencia me da compasion! tengo esta opinion de la ciencia hace ya treinta años!..... Pues estais lucido, Pier Falcone.... obligado á casaros con una viuda!....

El doctor ni siquiera intentaba replicar; tan desarmado así se contemplaba.

—La peticion era bruca, continuó el director de la policía real. Es una muger admirable, despues de todo, no se puede negar!.... Hubiera yo pagado cien onzas de oro, por ver la cara que teníais cuando dijísteis, vos, Pier Falcone, que teneis veintiocho años.... cuando le dijísteis á esa bruja horrible: Señora, me entrego á vos con transporte!

Y se rió con toda su alma esta vez!

En verdad que era imposible hallar un moribundo de humor mas alegre.

—Amigo mio, continuó con cierto dengue; sentiré muchísimo á mi muger. Tenia grandes cualidades..... Pero si *eso durase un mes*, para emplear su estilo, seria infinitamente largo..... quince dias, tambien!.... ocho, lo mismo! Tengo yo mas prisa que mi adorada esposa!

—Nada anuncia que vuestra impaciencia deba satisfacerse tan pronto, señor, contestó Falcone, que al fin habia logrado reponerse.

—Nada?.... repitió Spurzheim. Nada? pues sois un mal adivino, doctor!.... mi muger os decia no hace mucho; tengo mis motivos.... Quién no tiene los suyos? Los míos son admirables.... y para que no perdais vuestro tiempo en adivinarlos, voy á deciros.... Es preciso que esté yo viudo antes de veinticuatro horas, y nuevamente casado antes del fin de la semana.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando resonaron tres golpes, dados con un tacon, en el piso superior.

La mirada del enfermo tomó al principio una expresion inquieta y cautelosa; pero fué cuestion de un instante. Recobró su sonrisa casi

inmediatamente, y tiró de un cordoncillo oculto entre los pliegues de las cortinas de su cama.

El sonido de una campanilla se dejó oír, en el lugar mismo en donde antes habian resonado los golpes.

Pier Falcone aguardaba. Nada podia sorprenderle ya. A lo menos así lo creia.

El cielo del lecho rechinó y se abrió, formando un vacío encima de la cabeza del enfermo.

Por este vacío bajó suavemente una tabla, sostenida por cuatro cordones.

—Qué hay de nuevo, Beccafico? preguntó Johann.

—Oh! oh! dijo una voz cascada, en el techo; ahí hay un hombre, excelencia!

—No te dé cuidado ese hombre, Beccafico.... Qué hay de nuevo?

—Poca cosa, señor!..... Hay allá en la torre del Castel-Vecchio mas soldados de los que se necesitarian para conquistar los Estados del Santo Padre y la Toscana..... El cadalso se eleva lentamente en la plaza de San-Pietro-Martire.

—No ha venido nada del palacio Doria?

—Dos correos.... Buscan al príncipe Coriolani.... ha corrido la voz de que ha sido asesinado....

—Asesinado!.... repitieron al propio tiempo Johann Spurzheim y Pier Falcone.

Este trataba de ver á ese misterioso Beccafico; pero no podia lograrlo. No se percibia mas que un agujero oscuro encima del cielo del lecho.

La tabla, sostenida horizontalmente por los cordones de seda, continuaba bajando. Al fin, llegó al alcance de las manos de Johann.

Tomó de encima de ella dos cartas. Su mano temblaba un poco; pero logró abrirlas.

—Tened la lámpara, doctor! le dijo.

Pier Falcone tomó la lámpara, y la tuvo á una altura conveniente para que Johann pudiese leer.

—No se sabe aún, continuó Beccafico desde su agujero, quién ha dado el golpe de la Magdalena.....

Spurzheim miró á Pier Falcone.

—Este lo sabe! dijo.

—Oh! oh! gruñó Beccafico; es algun nuevo.... no lo conozco!

En este momento, Spurzheim estrujaba la primera carta con despecho.

—Nada! dijo Beccafico. Mal negocio.... La segunda será tal vez mejor....

Spurzheim leia la segunda carta.

Beccafico proseguia:

—He visto muchos ingleses; pero este es soberbio! No quiere, ni irse, ni soltar sus cartas de recomendacion.... Ha escrito en un gran pliego de papel todo lo que debe pedir, sin contar los secretos de Estado que os revelará.

—Has pronunciado la palabra *Penjábub* á su oído? preguntó Spurzheim.

—Si señor.... Infló sus megillas, y la punta de su nariz se puso pálida....

—Y qué dijo?

—Que queria á su muger.

—A su muger!

—Y ademas, noticia de la casa de una misteriosa desconocida que venia con él en el *Pausilippo*..... Desea tambien ver algunos lazzaroni, una erupcion del Vesubio y un verdadero bandido de la Calabria.....

Johann no le escuchaba. Leia la segunda carta con una singular atencion.

Cuando la hubo acabado, meditó durante algunos segundos.

—Arrimad la lámpara! dijo en seguida á Pier Falcone.

Habiendo obedecido éste, Johann pegó fuego á las dos cartas que acababa de recibir, y las miró arder, la una despues de la otra.

—Esto purifica el aire en el aposento de los enfermos, murmuró.

Luego añadió en voz alta:

—Está bien, Beccafico.... vete!

La tabla comenzó á subir sin ruido.

—Conoceis al baron de Altamonte? preguntó de pronto Johann al doctor.

—No señor.

—Es un apreciable hombre.... vais probablemente á conocerlo esta noche.

La tabla habia desaparecido. La trampa se cerró.

En este momento, una idea atravesó el espíritu de Johann Spurzheim. Tiró vivamente de la campanilla.

—Presente, señor! dijo la voz cascada de Beccafico.

Johann murmuraba aparte para sí:

—Cómo, es que se me va la memoria?... si Felice piensa hallarme aquí, estará ya sobre sí.... y sin embargo, es un trabajo que es preciso que haga yo mismo!

En qué fecha, preguntó levantando la vista hácia el techo, en qué fecha precisamente fué arrestado el baron de Altamonte?

—El 19 de Diciembre, señor.

—Y se le puso incomunicado?...

—Siete días despues, el 26 de Diciembre, por órden que yo mismo llevé de vuestra parte al Castel-Vecchio.

—No te pregunto eso! dijo el enfermo con impaciencia.

Luego replicó:

—En qué fecha tomamos posesión de este palacio en que estamos ahora?... no vayas á equivocarte, Beccafico!

—El 29 de Diciembre, señor.

—Estás bien seguro?

—Muy seguro, escelencia.

—Entonces, no hay respuesta para las cartas que acabamos de recibir, Beccafico.... Todo va bien.... Deja ir al mensajero!

Ahora—dijo volviéndose al doctor Pier Falcone, cuyo rostro expresaba un asombro profundo—ahora, ayudadme para poder sentarme. Ningun médico ha logrado conocer bien mi enfermedad, y creo que á vos os sucede lo que á todos los demás médicos.... Vamos á trabajar juntos esta noche, y ya vereis si soy aún bueno para algo!

IV

EL DOCTOR PIER FALCONE

CUANDO Falcone hubo ayudado á Johann Spurzheim á sentarse sobre su cama, lanzó éste un gran suspiro de cansancio.

—Estoy muy débil, doctor, le dijo; y estoy seguro de que os reís para vuestros adentros, al verme con tantos trabajos.... No tendrá tiempo!—pensais. Sus dias están contados....

No hay hombre, amigo doctor, se interrumpió entrecerrando los ojos,

como era su costumbre; no hay hombre cuyos dias no estén contados.... Lo que soy yo, conozco mi medida; y salvó el puñal ó el veneno, vivirá cien años.... Así está escrito!

—Señor, replicó Falcone, hay para mí en cuanto aquí veo, algo de inexplicable y de sobrenatural..... Esa agonía, que engaña hasta á los mismos hombres del arte, es acaso una ficción?

El director de la policia real sacudió la cabeza con desden:

—Dadme un espejo, amigo Falcone, le dijo; hace ya tiempo que no me he visto.

Falcone fué á tomar un espejo manual de encima del tocador, y lo rajo.

Johann lo puso frente á su rostro.

—No se finje esta palidez livida, murmuró con un acento de tristeza en la voz. No se cava uno á sí mismo la órbita de los ojos.... y las mias están horriblemente descarnadas!..... No se disfraza uno de cadáver!

Luego, rechazando el espejo, y recobrando su amarga sonrisa:

—El mal está aquí! dijo estrechando su pecho con ambas manos; vivo con él, y soy mas fuerte que él.... El mal es mi esclavo y mi cómplice.... me muerdo! la ciencia tiene razon, esa pobre imbécil!.... pero qué importa, si empleo muchos años en morir!....

Su dedo se apoyó, húmedo y frio, sobre la mano de Pier Falcone.

—El mal es mi cómplice, repitió él, me entiendes? El mal es mi salvaguardia y mi escudo!... Hay un hombre—un hombre á quien tú aborreces, Pier Falcone, con toda tu alma—que me habria ya matado cien veces, si no me considerara como muerto!

—Un hombre á quien yo aborrezco!... repitió Pier Falcone con una sonrisa incrédula. Soy muy poca cosa, señor, para tener tan poderosos enemigos....

—No eres nada!... pero quién conoce el porvenir?... No hace un momento te proponian ser conde, y diez veces millonario....

El doctor recobró aquella fisonomía atónita que conservaba voluntariamente, como una máscara, desde el principio de la conversacion.

—Teneis un espíritu familiar á vuestras órdenes, señor!... murmuró.

Todo el mundo tiene su lado débil. Los mas astutos, los mas duros, tienen un punto accesible á la lisonja.

Johann esperaba aquel arranque de admiracion, y quedó contento.

—No tengo espíritu familiar, Pier Falcone, replicó; y bajo juramento te afirmo, que no me he movido del lecho en cuatro dias.

Por consecuencia, no habia podido escuchar detrás de las puertas.

—Si me fuera permitido interrogaros, señor.... comenzó el médico.

—No te es permitido eso, Pier Falcone. . . . Pero tú que eres siciliano, no has oído hablar jamás del oído de Dionisio el tirano?

—Dispense vuestra excelencia, replicó vivamente Falcone, yo soy nativo de la Romanía.

—Pretendes engañarme á mí? . . . le interrumpió el director de la policía real. Pobre muchacho! otros más hábiles que tú lo han pretendido . . . y eso les ha atraído desgracia . . .

—Os protesto, señor. . . .

—Silencio! . . . Oye más bien una historietita, que va á divertirme infinito . . . Hará unos tres años, á fines de 1820, estaba yo en Palermo por asuntos particulares . . . pero, entre paréntesis, qué te parece ese cuento que le he inventado á Bárbara Spurzheim? el cuento del marido asesinado, y del amante, que aguarda para el matrimonio, la espiración del año del luto?

—Señor, he comprendido vuestra intención. . . .

—Eres muy dichoso con que la tisis de Bárbara tome un carácter *galopante*, como decís vosotros los médicos . . . No habría dado un ducado por tu piel, mi pobre Falcone, si Bárbara tuviera siquiera ocho días de vida delante de sí. . . . Pero dejemos el cuento, y vamos á la historia. En ese año de 1820, había en Palermo grandes regocijos y fiestas, con motivo de la visita que hacia á la ciudad el príncipe real Francisco de Borbon. Veíanse allí muchos extranjeros, especialmente napolitanos, pertenecientes á las más nobles y principales casas de la corte. Allí estaban los d'Angri, así como los Barberini; pero Alizia d'Angri y Bianca Barberini, muy jóvenes aún, dejaban la palma de la belleza á Pia Frezzoloni, de los marqueses de Mantua. . . . Por qué cierras así los ojos, Pier Falcone? . . .

—Porque la luz me lastima, señor, contestó el médico, que, lejos de turbarse, dejaba vagar una sonrisa triste en torno de sus labios.

—Buena, buena está esa mirada! exclamó Spurzheim; me has mirado como un hombre. . . . No me gustaba tu talante desde hacía algunos minutos. . . . Si eres fuerte, amigo mío, ya te trataremos como conviene!

—No sé en verdad si soy fuerte ó débil, señor, replicó Falcone. Aguardo el fin de vuestra historia. . . .

Johann guiñó el ojo y prosiguió:

—La historia no es muy larga. . . . Hubo una gran fiesta, dada al príncipe real por el conde de Ségeste, en su magnífico castillo situado en el golfo del Castel-á-Mare.

Mientras que descansaba, recostada sobre la yerba, Pia Frezzoloni fué mordida por una víbora venenosa, un áspid. La llevaron moribunda á Palermo.

Tienen un modo singular allá de curar las mordeduras de las víboras áspides. Un condenado á muerte chupa la herida. El enfermo sana, pero el condenado muere.

Si escapa por una casualidad, el rey le hace gracia de la vida.

No había ningún condenado á muerte en las prisiones de Palermo.

Se leyó á todos los prisioneros de la Torre Nueva una carta de Francisco de Borbon, que prometía perdón absoluto, y quinientos ducados, á cualquiera que se presentara para chupar la herida de la bella de las bellas.

Todos rehusaron, excepto uno.

Este dijo:

—Los quinientos ducados serán para mi vieja madre. . . .

Vive aún tu vieja madre, Pier Falcone?

Una lágrima brotó de entre los párpados del médico.

—No señor, respondió con una voz sorda; ha muerto.

—Ah! dijo Johann Spurzheim, como hablándose á sí mismo; cierto. . . . Amabas mucho á tu madre? Lo que soy yo, jamás conocí á la mía. . . . ni jamás he tenido hijos. . . . Tu hijo, vive?

—No señor, replicó Falcone, cuya cabeza cayó sobre el pecho; ha muerto!

—El prisionero de Palermo, continuó Spurzheim, se llamaba, si no me engaña la memoria, Pietro Bertini. . . .

—Pietro María Bertuzzi, respondió el doctor.

—Sabes la historia mejor que yo, Falcone. . . .

—Señor, exclamó éste con una extraña inflexión de voz, me agrada oíroslo contar.

—Pues bien, camarada, prosiguió Spurzheim; ese prisionero de Palermo, Pietro María Bertuzzi, había hecho el contrabando, según creo, para dar pan á su madre. . . . Chupó la herida de Pia Frezzoloni, que quedó curada, y él no murió.

Pero había bebido la sangre de la bella entre las bellas, y fué mordido en el corazón por una de esas pasiones que os devoran á vosotros los italianos, y que los otros pueblos no saben sentir.

Lo que soy yo, Pier Falcone, jamás he estado enamorado. . . . como te lo digo!

El joven médico tuvo una sonrisa de desprecio.

—Bien! buena está esa sonrisa, camarada! dijo Johann; tienes aún sangre palermitana en las venas. . . . Con los quinientos ducados que recibió, Pietro Bertuzzi estudió medicina. Tenía formado su plan. Tan luego como obtuvo el primer grado, se presentó en casa del doctor Gioja, que obtenía toda la confianza de los Frezzoloni. . . . Era buen mo-

zo ese Pietro Bertuzzi; muy buen mozo!..... Has envejecido mucho tú, Pier Falcone!

—Es la verdad, señor! he envejecido mucho!

—El doctor Gioja le recibió como discípulo. Una noche que Gioja estaba enfermo, ó descansaba, Pietro Bertuzzi reemplazó á su maestro, que era llamado del palacio Frezzoloni..... No sabré decirlo precisamente lo que allí pasó.....

—Ni quién podrá decir acá en este mundo las alegrías del paraíso? murmuró Falcone; que tenia cubierta la frente de sudor.

—Eso duró un año.....

—Un siglo de felicidad, que pasó como un instante!

—Pia Frezzoloni, prosiguió Johann, fué madre..... Los dos amantes no tenian confidente ninguno, y guardaban para ellos solos todo el tesoro de su felicidad..... Una noche.....

—Un año despues de la primera, dia por dia! le interrumpió el doctor, cuyo rostro se habia demudado.

Estaba sombrío, amenazador, como la Venganza.

—Dí lo demas, Falcone, exclamó Johann, porque á mí me falta la memoria!

—Una noche, pronunció el doctor con los dientes apretados, habia gran fiesta en el palacio Frezzoloni..... y Pietro María no tenia la honra de ser convidado á las fiestas..... Tenia tan solo el derecho de ocultarse en la recámara de Pia, que era suya, muy suya, porque un sacerdote habia bendecido secretamente su union..... Allí estaba el amante, el esposo, detrás de las cortinas de musolina..... miraba á través de los corredores, los salones iluminados y llenos de flores.... Jamas le habia parecido su muger tan bella.

La recámara ocupaba uno de los ángulos del palacio. Uno de sus balcones caía hácia los jardines.

Este balcon estaba siempre abierto.

Pietro Bertuzzi oyó que hablaban debajo del balcon.

El nombre de Pia llegó hasta sus oidos. No pudo contenerse, y salió al balcon.

Algunos jóvenes calaveras platicaban debajo de los naranjos.

Uno de ellos dijo:

—Apuesto mil luises de Francia, á que Pia Frezzoloni, la bella entre las bellas, será mia antes de que termine esta noche.

—Y conocias tú á ese joven calavera, Falcone? le interrumpió Spurzheim.

—Lo habia visto en el corso, señor—respondió el médico, desdeñando ya hacer una distinción entre él y ese Pietro Bertuzzi—era el delirio de las grandes señoras palermitanas..... era el don Juan inyen-

cible; el héroe de todas las novelas..... se llamaba el caballero de Athol.

Johann hizo una señal de aprobacion con la cabeza.

Falcone continuó:

—Los otros jóvenes se echaron á reir..... Le cojieron la palabra, y se formalizó la apuesta..... Pietro Bertuzzi, ó Pier Falcone, como querais llamarlo, señor, sintió que se le iba la cabeza. Miró bien á aquel caballero de Athol, antes de que sus ojos se hubieran velado completamente..... y lo miró tan bien, que cien años de vida no podrán hacerle olvidar sus facciones.

—Y qué hizo, Pier Falcone? preguntó Johann.

El doctor apoyó su pañuelo contra sus sienes, y lo retiró empapado en sudor.

—Señor, dijo; Pia Frezzoloni era tan superior á mí, como la Virgen Santa es superior al cristiano arrodillado delante de su altar..... No sé, ni siquiera, por qué habia tenido piedad de mi amor..... Lo que hay de cierto es, que la idea de perder mi adorado tesoro me trastornó la razon..... No se me ocurrió la idea, y era lo mas sencillo, sin embargo, de meter mi puñal hasta el mango en el corazon de ese caballero de Athol!

No! estaba yo como loco! una idea fija me dominaba! Quería elevar una barrera entre ella y él; una barrera invencible!

Y me decia á mí mismo:

“La mas santa salvaguardia de una madre, es su hijo. Quién pasaría por encima de una cuna?”

Esto me decia yo á mí propio.

Salí, corrí, fui á buscar á mi hijo á la casa de su nodriza, y lo traje oculto debajo de la capa.

Le puse en el lecho de Pia.

El baile habia concluido. Yo fui á refugiarme al jardin, casi en el lugar en que antes platicaran y rieran los amigos del caballero de Athol.

No era yo un hombre; me dejé caer sobre el césped, como una masa inerte.

Lo que pasó, no lo ví; pero al dia siguiente, toda la ciudad lo sabia.

Todos aquellos jóvenes calaveras le conservaban rencor á Pia Frezzoloni, que desdeñaba sus homenajes.

Athol habia ganado á la camarista, y el audaz calavera penetró en el aposento, cuya guardia me hacia abandonar mi locura.

Como no bajaba pronto, los sostenedores de la apuesta subieron.

Pia estaba durmiendo. Athol jugaba con un hermoso niño que tenia en los brazos.

Aborrezco á ese hombre!.... oh! le odio con toda mi alma!.... pero digo la verdad; jugaba con el niño, y habia respetado á la madre.

Aborrezco su generosidad! Quisiera condenarme, con tal de hundirlo hasta el fondo del infierno!....

Eran diez, eran veinte acaso los que habian visto al niño!..... El conde Frezzoloni vino á sentarse aquella misma mañana junto al lecho de su hija. La besó, y le presentó una copa, diciéndola: "Está envenenada!...."

Pia no pronunció mi nombre al morir, para que mi vida no corriese ningun riesgo.

La pusieron en la tumba junto al cadáver del pobre niño, y el anciano conde Frezzoloni, con una rodilla en tierra, delante de Francisco de Borbon, que tenia los ojos arrasados en lágrimas, pidió el combate contra los que habian matado á su hija con su honor.

Francisco de Borbon respondió:

—Todos han abandonado la Sicilia, escepto tres.

El viejo conde reclamó el combate con esos tres.

Habian muerto ya! Ese caballero de Athol es una terrible espada!.... Cómo lo aborrezco!

Lo odio infinito! Habia dado muerte en duelo á sus tres cómplices! Pero esto le impedía ser el asesino de mi muger y de mi hijo!

Mi corazon no pudo resistir tan fuertes choques. Tuve un largo y pesadísimo sueño.... Una mañana me desperté, al ruido de un atahud que clavaban junto á mí..... era el atahud de mi madre!.....

Hubo un largo silencio. El doctor estaba en pié y derecho, junto á la cabecera de la cama. Sus mejillas estaban lívidas; pero habia sangre en sus ojos.

—Y cuando despertaste, cuando recobraste la razon, Pietro María Bertuzzi, replicó Spurzheim, tu alma se derritió entre aquellas tres tumbas!..... Buscaste en torno tuyo al caballero de Athol..... mas el caballero ya no estaba en Palermo.

El doctor apretó los puños. Sobre sus lábios se percibía una línea de espuma.

Spurzheim se sonreia al ver aquello.

—Te pusiste á perseguirlo—continuó él—como un perro de caza!.... Recorriste la Italia y la Sicilia en todos sentidos.... y la mejor mañana descubriste, que ese caballero de Athol no era otro que el gran maestro del Silencio, el bandido poderoso como un rey, el terrible y temido Porporato....

—Así fué, señor.

—Y para acercarte á él.... para espíarlo..... para escojer la hora de la venganza, te hiciste Compañero del Silencio....

—Si señor!

—Y quieres siempre matarlo?

La piel del rostro de Pier Falcone se cubrió de manchas rojas. Todo su cuerpo tembló. Su respuesta fué un rugido.

—Siéntate, Falcone, le dijo Spurzheim con visible placer, siéntate.... tú eres el hombre que necesito..... Todo lo que te ha prometido Bárbara, mi adorada esposa, yo lo cumpliré por ella.... serás rico.... serás conde... Dime, eres capaz de amar aún?

—No señor.

—Serás capaz, á lo menos, de casarte con una jóven, bella como los ángeles, que te dará fortuna y nobleza?

—Soy ambicioso, señor; es mi última pasion.

—Pues ya te tengo muger..... Tiene la tercera parte de la edad de Bárbara, tu novia de esta noche..... Qué mas es lo que mi dulce compañera te habia prometido?

—El anillo del Silencio.

—Tendrás el anillo del Silencio..... No el mio, porque es preciso morir para ceder ese anillo, y yo tengo el presentimiento de enterraros á todos vosotros..... sino otro, que quedará libre dentro de pocas horas..... Ya ves que yo no regateo..... En cambio de todo esto, que me das tú, Pier Falcone?

—Que me pedís, señor?

—Te pido tu fuerza, por la que me falta; tu salud, de que carezco; tus piernas ágiles, tu ojo penetrante, tus oidos sutiles..... te quiero á tí todo entero, á fin de que mi espíritu intacto tenga un cuerpo á su servicio.

—Seré vuestro cuerpo, señor.

—Me has comprendido bien?

—Os he comprendido bien!

—No tienes ya voluntad.... Yo soy tu alma!

—No tengo mas alma que la vuestra.

—Toca esa mano, Pier Falcone.... Mañana serás el médico del rey, si quieres!

En el momento en que sus manos se unian, el mismo ruido que ya hemos oido resonó encima del lecho, en el piso superior.

Johann tiró inmediatamente del cordon de la campanilla, que sonó.

El cielo del lecho se abrió, y dejó pasar, como la primera vez, la tabla sostenida por sus cuatro cordones de seda.

—Calle! calle! dijo la voz aflautada de Beccafico; con que todavía está ahí ese hombre?

—Qué hay de nuevo? preguntó Spurzheim.

—Han disparado un tiro por el Castel-Vecchio, excelencia... y el príncipe Coriolani no ha vuelto aún al palacio Doria.

Johann se volvió hácia el doctor.

—Señor Pier Falcone, le interrogó en voz baja, habeis encontrado alguna vez en vuestro camino al hermoso príncipe Coriolani?

—Jamás, señor.

La tabla llegó al alcance de las manos del director de la policía, quién tomó de ella una carta, y la abrió vivamente.

—Está bien! exclamó, apenas hubo leído las primeras líneas. Mi muger se ha encerrado ya en su aposento?

—Ha apagado ya su luz, excelencia.

—Muy bien, Beccaíco. Ves á abrir sin ruido la puerta del pasillo secreto.... y si llega algun mensaje, llevámelo á mi gabinete de trabajo....

Amigo mio, replicó volviéndose á Falcone, tan luego como la trampa del techo se hubo cerrado; amigo mio, cuando escucha uno tras de las puertas, siempre se escapa algo.... Respóndeme francamente.... Bárbara, mi muger, no pensaba apresurar el curso de las cosas?

—Cómo lo entendeis vos, señor?

—Hablo de esta enfermedad mortal, que me arrebatará prematuramente dentro de unos treinta ó cuarenta años.... y os pregunto, si Bárbara Spurzheim no tenia la intencion de ayudar un poco á la naturaleza?

—No hubiera nunca prestado mi auxilio.... comenzó Falcone.

Johann frunció el entrecejo.

—Pensais que os compraria yo, si os creyera un hombre de escrúpulos! pronunció duramente.

Pier Falcone se inclinó.

—Juguemos á cartas vistas! replicó Johann. Os he hecho mi profesion de fe. No es porque Bárbara Spurzheim haya querido quitar una semana ó dos de vida á un moribundo como yo, por lo que yo condenaria á una muger tan distinguida! Ella juega á lo que juega, y está en su derecho.... Si yo condeno á mi muger, es porque mi muger me estorba.... Me habeis comprendido una vez por todas?

Pier Falcone saludó de nuevo.

—Bárbara se ha puesto á curiosear en asuntos que yo queria ocultar.... Ya veis que ni siquiera digo, en asuntos que no la importaban!.... Bárbara me ha sustraído tres cartas.... Tocadme el pulso, Falcone.

—Está agitado, señor, dijo el médico despues de haber hecho la prueba.

—Es que esas tres cartas, Falcone, pueden ser nuestra vida ó nuestra

muerie!... No ha podido descifrarlas mi esposa; tanto peor, eso me manifiesta que eran importantes....

Me queda, sin embargo, una esperanza.... tal vez las haya dejado en mi gabinete.

—Si quereis, iré á tomarlas allí, y os las traeré, dijo Pier Falcone.

—Amigo mio, respondió Johann sonriéndose; os prometo tener en vos siempre confianza—porque jamás me pondré en vuestras manos.... Es preciso que yo mismo vaya á buscar esas tres cartas.

—Vos! exclamó el doctor, es imposible!.... enteramente imposible!

Las once de la noche sonaron en el hermoso y severo reloj que estaba sobre la chimenea.

Johann rechazó los cobertores de la cama, y enseñó, sin vergüenza, la horrible flacura de sus miembros.

—Servidme, os ruego, le dijo, de camarista; voy á vestirme.

Pier Falcone habia visto á muchos de sus clientes morir de consuncion; pero jamás habia tenido delante de los ojos un cadáver mas descarnado que aquel.

Era la pura osamenta, sobre la cual se pegaba un pergamino amarillento y diáfano.

Sin embargo, Pier Falcone obedeció. Metió aquellas pobres tibias temblorosas, que hacian una música de esqueleto cuando por casualidad se chocaban la una contra la otra, en un par de pantalones de lana pachona. Calzó los piés, retorcidos y desecados, en unas pantúflas acolchadas, y logró meter los brazos, que no se atrevia á tocarlos por miedo de deshacerlos, en las mangas de una bata, que hubiera sido muy estrecha para un niño de doce años, pero que parecia sumamente ancha para el señor Johann Spurzheim.

Mientras que le vestian, éste tosia lentamente.

Habia un espejo do cuerpo entero frente al lecho.

—Levantad un poco la lámpara, camarada, le dijo. Pienso no que figuraria mal en el regimiento de caballería ligera de la guardia..... pero en fin, deseo verme!

Los cavallegieri del rey Fernando I eran los mas bellos soldados de parada del universo entero.

Falcone levantó la lámpara.

El espejo reflectó una cosa verdaderamente singular: una miserable apariencia humana, sin espaldas, sin pecho, sobre la cual flotaba aquella bata, cual si estuviera colgada dei clavo de una percha.

Johann se sonrió con un aire contento.

—Me creia mas flaco que esto, dijo; mucho mas flaco!..... Bah! la enfermedad tiene aún mucho que roer.

Falcone no se reía. Era necesario no conocer á Johann Spurzheim, para reirse de lo que hiciera, sea lo que fuese.

—Vamos, replicó éste alisándose los raros cabellos entrecanos, que se alborotaban sobre su cráneo pelado y reluciente; cogedme entre vuestros brazos, amigo mio, y llevadme á mi gabinete . . . ya volveréis por la lámpara.

No hay que creer que Pier Falcone fuese un hombre extraordinario, como nuestro gran capitán Luca Tristany, ó Gaspardo el pescador. Era una criatura, mas bien elegante que robusta. Sin embargo, sin abandonar la lámpara que tenia en la mano izquierda, levantó á Johann Spurzheim con el brazo derecho, y lo llevó como la nodriza á los niños que se han cansado en el paseo.

El director de la policía real quedó casi humillado con aquello.

—Ya descansareis un rato en el camino! le dijo.

Falcone hubiera dado de aquel modo tres vueltas á la ciudad, pero tuvo el talento de responder:

—Señor, pesais mas de lo que yo me hubiera figurado!

Spurzheim, aprovechándose de su posición, le tiró suavemente de una oreja.

—No por ahí! le dijo, viendo que el doctor se dirigía hácia la puerta principal.

Le señaló con el dedo una segunda puerta, situada en la parte opuesta. Pier Falcone la abrió, y ambos se encontraron en un gabinete oscuro, en el centro del cual habia una escalera de caracol.

Pier Falcone comenzó á descender los escalones de aquel caracol, con su doble carga. Al fin del segundo tramo, habia una pieza semejante al gabinete oscuro del piso superior. Daba hácia un largo corredor, que tenia de distancia en distancia ventanas cerradas con aldabas y fuertes pasadores.

Al atravesarlo, Pier Falcone creyó oír pasos, que resonaban sobre las losas. En consecuencia, supuso que aquel corredor debía caer y costear la calle ó la plaza del Mercado.

Al extremo del corredor habia una puertecilla cerrada.

Johann sacó de su seno una llave, y la dió á su conductor, quien la introdujo en la cerradura.

La puerta se abrió.

Estaban en el gabinete de trabajo del director de la policía real.

V.

PASTILLAS CONTRA LA TOS.

LA vista de Johann Spurzheim era aún penetrante y segura, porque exclamó, tan luego como se hubo abierto la puerta del aposento:

—Ahí están! ahí están!

Quería hablar de las cartas, que en efecto, yacian las tres sobre su bufete de ébano.

El bufete mismo, y la enorme cantidad de papeles que soportaba, permanecian esactamente en el mismo estado en que Johann los habia dejado. Si Johann no hubiera tenido junto á la cabecera de su cama ese singular aparato; la cornetilla de marfil adherida á un cordon flexible—el oido de Dionisio de Siracusa—hubiera podido jurar que ninguna mano indiscreta habia tocado su correspondencia.

Pero Johann habia oido la confesion de Bárbara.

—Qué muger! murmuraba con una especie de admiracion, mientras que Falcone lo acercaba al bufete; qué hada . . . Ved si ha quedado alguna señal de su paso! Ay, amigo! de veras creo que voy á sentirla mucho!

Habia frente al bufete un gran sillón de cuero, que tenia esactamente la forma de un garitón. En los puertos de mar, las vendedoras de comestibles tienen sillones de esta clase, para resguardarse del aire.

El sillón de Johann era muy conocido en Nápoles. Decían generalmente, que ademas de su misión principal y aparente, que era res-